

Vida destemplada

Templar el acero, el agua, el ánimo. Ajustar la temperatura al punto de no-ruptura de la espada, ni de la garganta, ni de la existencia. Templanza. Paños fríos, paños calientes. Apañárselas como uno pueda para que no se disparen los grados. Ir por la vida evitando las temperaturas extremas: ni quemarse, ni congelarse. Quienes esto recomiendan nada saben del recorrido de cicatrices que dibujan nuestra tortuosa existencia o, quizás, crean saber demasiado, tanto como para haberse olvidado de la curiosidad, del peligro, que mata al hombre y le da la vida.

Nada en contra de la templanza. Mucho a favor de las oscilaciones del mercurio, no en vano Mercurio era el mensajero celeste.

La templanza es la virtud de no meterse en líos, de no caer en el arrebato, de mantener cualquier tipo de fiebre a raya. ¡Inmoviliza a Mercurio! Puede ser un buen lema para los que apuestan sólo por la quietud. Pero la quietud tampoco permanece, va y viene. La quietud que conocemos, tan voluble como los gases nobles, nunca está del todo quieta, y aquella quietud absoluta a la que algunos aspiran es eso, una aspiración fatal del mundo: un timo.

Los cambios de temperatura son mensajes. El frío y el calor, la quemadura y el helor informan, hablan. Y nosotros los oímos como siempre se oyeron los cuentos de los viajeros que vienen de lejos y que han dado la vuelta al mundo cruzando desiertos y tundras, sabanas y estepas, que han conocido al pingüino y a las aves tropicales, a los elefantes y a los leones de mar. Nos cuentan historias ocurridas en las regiones del dolor y en las que éste también es mensajero que nos habla de nosotros mismos, de nuestras *delicadezas*. Ya sabemos que no sólo con sangre entra la letra, pero la sangre es letra en sí y no hay ninguna razón para expulsarla del diccionario. Los anestelistas andan por doquier, esa estirpe de bomberos experimentados en lanzar barbitúricos a chorro sobre los fuegos antes de que se extiendan, traficantes de fortuna que nos adormecen el espíritu o san bernardos con el barrilito de pentotal bajo las fauces.

¿Que aparece febrícula? dejemos que se convierta en fiebre y empapemos de sabiduría nuestras sábanas. ¿Que el frío nos hace temblar? desnudémonos de nuestras debilidades y hagamos del temblor una forma de danza. Adquirir la ágil serenidad de la fuerza, no la pesada ansiedad del poder, es una de las pocas formas de no perder la batalla con la espada, la garganta con el agua y la existencia con el desánimo.